

El lugar

de las
mujeres

Isabel Morant
Rosa E. Ríos
Rafael Valls
(dirs.)

en la
historia

Desplazando los límites
de la representación del mundo

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

**EL LUGAR DE LAS MUJERES
EN LA HISTORIA**

**Desplazando los límites
de la representación del mundo**

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

EL LUGAR DE LAS MUJERES EN LA HISTORIA

Desplazando los límites
de la representación del mundo

Isabel Morant Deusa
Rosa Elena Ríos Lloret
Rafael Valls Montés
(dirs.)

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Esta publicación ha contado con una ayuda
de la Unitat d'Igualtat de la Universitat de València

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico,
electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

© *De los textos:*

las autoras y los autores, 2023

© *De las imágenes:*

ver Apéndice (pp. 497-504)

© *De esta edición:*

Publicacions de la Universitat de València, 2023

Edición:

Maite Simón y Amparo Jesús-Maria

Corrección:

David Lluch

Diseño y maquetación del interior:

Inmaculada Mesa

Diseño de la cubierta:

Celso Hernández de la Figuera y Maite Simón

ISBN: 978-84-1118-123-5

Depósito legal: V-505-2023

Impresión: Guada Impressors, S.L.

PREFACIO.....	11
ISABEL MORANT, ROSA RÍOS, RAFAEL VALLS	
INTRODUCCIÓN	13
ISABEL MORANT	

I

MUJERES Y HOMBRES, EL PROBLEMA DE LOS ORÍGENES

1 Las sociedades de la Prehistoria.....	25
PAULA JARDÓN GINER, BEGOÑA SOLER MAYOR	
2 Sexuar el pasado. Interpretaciones desde el registro arqueológico	33
PAULA JARDÓN GINER, BEGOÑA SOLER MAYOR	

II

EL MUNDO ANTIGUO Y MEDIEVAL

3 Diosas, reinas y mujeres en Egipto y Mesopotamia.....	47
JOAN SANTACANA MESTRE	
4 Las iberas	59
CARMEN ARANEGUI GASCÓ	
5 La Atenas clásica	69
MERCEDES MADRID NAVARRO	
6 La Roma antigua	79
MERCEDES MADRID NAVARRO	
7 La vida de las mujeres en el Occidente medieval.....	89
MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET, ÁNGELA MUÑOZ FERNÁNDEZ	
8 Intervenir en el mundo. Formas de autoridad y poder femeninos en el Occidente medieval.....	101
MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET, ÁNGELA MUÑOZ FERNÁNDEZ	
9 Lo femenino en el mundo americano prehispanico	111
GERARDO MEDINA DICKINSON	

III

EL UNIVERSO DE LAS RELIGIONES

10	La mujer en la Biblia hebraica y la cristiana.....	125
	JOAN SANTACANA MESTRE	
11	El islam y las mujeres. Certezas y dudas	133
	JOAN SANTACANA MESTRE	
12	Lo femenino en la religión de Buda. El ayer y el hoy	143
	JOAN SANTACANA MESTRE	
13	Las mujeres en las religiones tradicionales de África.....	151
	JOAN SANTACANA MESTRE	

IV

RENACIMIENTO E ILUSTRACIÓN

14	Espacios de saber. Humanismo y reformas religiosas	165
	HELENA RAUSELL GUILLOT	
15	Cuerpos y estados. Poder político en el Renacimiento y el Barroco	175
	HELENA RAUSELL GUILLOT	
16	Escribir sobre las mujeres, escribir sobre el matrimonio. El pensamiento humanista	185
	ISABEL MORANT DEUSA	
17	Amor y matrimonio en la literatura ilustrada	201
	ISABEL MORANT DEUSA	
18	Luces y sombras de la Ilustración	219
	MÓNICA BOLUFER PERUGA	
19	Mujeres coloniales americanas.....	229
	ALEJANDRA ARAYA ESPINOZA, ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN	

V

RUPTURAS POLÍTICAS, TRANSFORMACIONES SOCIALES Y MODERNIZACIÓN

20	¿De qué igualdad hablamos cuando hablamos de igualdad? La Revolución francesa	243
	DOLORES SÁNCHEZ DURÁ	
21	¿De qué libertad hablamos cuando hablamos de libertad? La construcción del orden social liberal.....	255
	DOLORES SÁNCHEZ DURÁ	

22	Mujeres en la construcción de las naciones latinoamericanas.....	265
	VALERIA SILVINA PITA	
23	La Revolución Industrial y las mujeres de la clase obrera.....	275
	ÀNGELS MARTÍNEZ BONAFÉ	
24	La revolución socialista pensada por mujeres.....	285
	ÀNGELS MARTÍNEZ BONAFÉ	
25	Reformistas, pacifistas, abolicionistas, sufragistas. El feminismo entre dos siglos	297
	DOLORES SÁNCHEZ DURÁ	
26	Trabajos femeninos en la América Latina del siglo XIX.....	309
	FLORENCIA D'ÚVA, GABRIELA MITIDIERI	
27	Procesos de colonización y descolonización	319
	CARLA BEZANILLA REBOLLO	
28	Gritos y susurros. Representaciones de la vida privada entre dos siglos	327
	ROSA E. RÍOS LLORET	
29	La agencia femenina en el arte	341
	ROSA E. RÍOS LLORET	
30	Las científicas	351
	JORDI SOLBES, MANEL TRAVER	
31	<i>New women</i> : la modernización y sus límites	363
	DOLORES SÁNCHEZ DURÁ	

VI

TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE. DEMOCRACIAS Y DICTADURAS

32	Las guerras del siglo XX.....	377
	ÀNGELS MARTÍNEZ BONAFÉ, SIRA SANCHO COMAS	
33	La Segunda República Española y las mujeres como sujeto político: ¿De qué democracia hablamos cuando hablamos de democracia?....	389
	ÀNGELS MARTÍNEZ BONAFÉ	
34	Ser mujer en la dictadura y contra la dictadura	403
	ÀNGELS MARTÍNEZ BONAFÉ	
35	El oficio de maestra. Conservar o transgredir la construcción de género	415
	M. DEL CARMEN AGULLÓ DÍAZ	

VII

UN NUEVO SUJETO POLÍTICO: LOS FEMINISMOS

36	El movimiento de liberación de las mujeres.....	427
	<i>DOLORES SÁNCHEZ DURÁ</i>	
37	Agentes culturales y sociales en busca de libertad. Mujeres del siglo XX en América Latina	439
	<i>GABRIELA PULIDO LLANO</i>	
38	Un tsunami feminista	451
	<i>CARLA BEZANILLA REBOLLO</i>	
39	Posfeminidades y feminismos	465
	<i>JOSÉ JAVIER DÍAZ FREIRE</i>	
	 BIBLIOGRAFÍA CITADA.....	 477
	 BIBLIOGRAFÍA GENERAL.....	 487
	 APÉNDICE:	
	Contenido del dossier.....	491
	Créditos de las imágenes	497
	 AUTORÍAS.....	 505

17

Amor y matrimonio en la literatura ilustrada

ISABEL MORANT DEUSA

1 EL PENSAMIENTO DE LA DIFERENCIA DE LOS SEXOS

Sofía o la mujer

No es bueno que el hombre esté solo, *Emilio* es el hombre; le hemos prometido una compañera, es necesario dársela. Esta compañera es Sofía. Pero: ¿Dónde se esconde? ¿En qué lugar la encontraremos?, para encontrarla es necesario conocerla (Rousseau, 1990 [1761]: 243).

El libro de Rousseau *Emilio o la educación*, publicado por primera vez en 1761, está dividido en cinco partes; de ellas, las cuatro primeras se dedican a la formación del hombre y la última, la quinta, a la de la mujer, Sofía. Sofía, nos dice Rousseau rememorando el relato bíblico, es la mujer que el hombre, representado en la figura de Emilio, necesita para satisfacer sus deseos. En estas figuras se pone de relieve su pensamiento sobre la Naturaleza —escrita con mayúsculas— de los sexos imaginada por Rousseau, y digo *imaginada* porque, como él mismo reconoce, su teoría no puede tomarse como una evidencia comprobable empíricamente, sino como una

re-construcción poética de la condición humana, cuya realidad se nos escaparía. Marcando la diferencia, escribe que «Sofía es la mujer como *Emilio* es el hombre», pues considera que en todo lo que se refiere a la *especie*, las mujeres y los hombres son iguales, tienen las mismas disposiciones físicas y las mismas inclinaciones: «En todo lo que no influye el sexo, la mujer es un hombre»; sin embargo, en aquello en lo que el sexo influye, las mujeres son diferentes de los hombres.

Rousseau no se presenta como un filósofo a la antigua usanza, marcado por la idea de la inferioridad del sexo femenino, sino como un pensador moderno, armado con una teoría sobre la diferencia física y moral de los sexos, que serían igualmente perfectos y capaces de mejorarse moralmente siguiendo las pautas naturales de uno y otro. Así, escribe: «En todo lo que tienen de común los sexos son iguales; en lo que tienen de diferente no son comparables. Una mujer perfecta y un hombre perfecto no deben nunca parecerse en su espíritu como en su rostro, y la perfección no es mayor o menor en uno y en otra» (Rousseau, 1990: 243). No obstante, en este modelo las jerarquías se mantienen, pues se

considera que el sexo masculino es el más fuerte, tanto en su físico como en su intelecto, y por ello es el que gobierna sobre el femenino, cuya *debilidad* le impone la obediencia y el servicio. De estos planteamientos se derivaría que la mujer está hecha para agradar y servir al hombre, y no al revés: «El mérito del hombre está en su poder, su atractivo reside en su fuerza. No es la ley del amor, estoy de acuerdo, pero es la naturaleza anterior al amor». Con todo, piensa que esta relación de poder se vería compensada por las cualidades propias —específicas— que se reconocen en el sexo femenino. Este *poder* es el que se otorga a las mujeres que son amables y deseables por sus cualidades físicas y morales, de manera que, en determinados aspectos relativos a la moral y a las costumbres, las mujeres podrían influir, gobernar incluso, al sexo masculino, lo cual, subraya Rousseau, no siempre podría producirse de forma pacífica, por la resistencia de los hombres a someterse a la voluntad o a la *tiranía* del sexo femenino. Pero así son las cosas, y en lo que ellas son superiores, como los sentimientos, el dominio les corresponde: «Este imperio les pertenece [a las mujeres] y no se les puede quitar, aunque abusen: si pudieran perderlo hace tiempo que lo hubieran perdido» (Rousseau, 1990: 244).

En esta teoría sobre la diferencia de los sexos, la Naturaleza se construye como una instancia *normativa anterior y superior* a las leyes de la sociedad. Este concepto sirve para justificar la *jerarquía* y la *desigualdad social* del sexo femenino, pero la idea de naturaleza así expresada también sería adecuada para dar cauce al deseo de la sociedad. En los sexos, insiste Rousseau, no hay paridad; las mujeres son las que paren y de ello se derivan los hábitos que en ellas estarían más desarrollados: una vida muelle, un carácter tranquilo y afec-

tivo y la permanencia en el hogar. Y aunque no todas las mujeres tengan hijos y algunas se ocupen de los asuntos y los trabajos que corresponden a los hombres, se trataría de una excepción, pues el sexo femenino, en general, no tiene la misma inteligencia ni las mismas capacidades que el masculino. Las mujeres no han hecho nunca una guerra y si, por azar, se vieran obligadas a hacerla en solitario, no la ganarían nunca contra los ejércitos de los hombres. Por último, pero no menos importante para la construcción del modelo de la diferencia sexual, sostiene que, aunque los sexos se necesitan mutuamente, no son igualmente dependientes: los hombres dependen de las mujeres por sus deseos y, asimismo, ellas dependen de los hombres por sus deseos, pero también por sus necesidades, de modo que, separados, ellos podrían subsistir mejor que ellas (Rousseau, 1990: 245).

La formación de las mujeres _____

Después de haber trabajado en formar al hombre natural, para no dejar imperfecta nuestra obra, veamos cómo debe formarse también la mujer que conviene al hombre (Rousseau, 1990: 246).

En el *Emilio*, Rousseau se presenta como un pensador y un pedagogo moderno. Contrario a las formas de enseñanza asentadas en un conocimiento memorístico de las verdades contenidas en los libros, su modelo formativo se basaba en la observación y la reflexión sobre los hechos de la naturaleza, y en el aprendizaje de las habilidades y conocimientos necesarios para el sostenimiento y el bienestar de la vida. En esta educación destaca la figura del preceptor, que debía limitarse a guiar la formación de los educandos. Este modelo, que se aplica también en la formación de Sofía,

establece distinciones entre ambos sexos por la diferencia de sus capacidades intelectuales y morales. Sofía no es una autómatas, sino que es capaz de razonar, pero sus mejores cualidades son la sensibilidad y el sentimiento, que le permiten descubrir por ella misma lo que la naturaleza propicia y lo que la sociedad espera encontrar en las mujeres: el conocimiento de las personas, el buen gusto, el trato amable y afectuoso, etc. Sofía sabe leer y escribir y en su programa educativo se incluyen los libros de moral y las novelas, que, a decir de Rousseau, gustaban particularmente a las mujeres. En cuanto a la escritura, no se espera que una mujer opine y pueda escribir como los hombres sobre las grandes cuestiones filosóficas, morales o políticas. Las mujeres tienen su propio catecismo, hecho de la moral y las costumbres que serían naturales en ellas. En este sentido, llevando al extremo sus razonamientos, Rousseau dice: «Sofía sabe leer y escribir», pero se pregunta: «¿Es esto lo que necesita? Después de todo para qué sirve que una joven sepa leer y escribir». Cree, por tanto, que se equivocan aquellas que pretenden emular la razón y los conocimientos que les son dados a los hombres. Esta confusión, que el filósofo designa como promiscuidad, le irrita profundamente: «La mujer vale más como mujer que como hombre y se equivocan las que quieren usurpar nuestros derechos, siempre quedarán debajo de los hombres» (Rousseau, 1990: 247-258).

La literatura formativa

Los espectáculos son necesarios a las grandes ciudades y las novelas para los pueblos corrompidos. He visto las costumbres de mi tiempo y he publicado estas cartas. ¡Ojalá hubiera vivido en un siglo en el que las hubiera tenido que arrojar al fuego! (Rousseau, 1993 [1761]: 71).

Mientras terminaba de redactar el *Emilio*, Rousseau decide escribir una novela, *La nueva Heloísa*. En esta obra, publicada en 1761, se muestra el mismo pensamiento sobre la diferencia de los sexos que hemos visto expresado en el *Emilio*, que es un texto propiamente filosófico. En ambos casos destaca la voluntad formativa, pero como el autor era consciente de que la novela llegaría a un público más amplio, sabía que podría ser más útil. Rousseau se muestra aquí muy crítico con la moral y las costumbres de su medio social, que considera corrompidas, alejadas de la moral natural –de la Voz de la Naturaleza– que pretendía hacer llegar a sus lectores. Sin embargo, espera encontrar a lectores que, conservando los rasgos de la moral natural, compartan sus ideas. Piensa que la novela puede ser especialmente útil para las mujeres, a las que aconseja que abandonen los libros de filosofía –que sabe que muchas debían de leer– por la novela, que para ellas podía ser una lectura de mayor gusto y facilidad. Mediante la novela descubrirían lo que les convenía saber sobre sí mismas y sobre las funciones y el lugar que deben ocupar en la sociedad: «La selección de cartas con todo su goticismo convenirá más a las mujeres que los libros de filosofía. Puede incluso ser útil a aquellas que, aun llevando una vida desarreglada, han conservado un poco de amor por la honestidad» (Rousseau, 1993: 72).

En esa época, la literatura moderna, y muy particularmente la novela, había cambiado en la forma y en el fondo, de modo que podía resultar no solo atractiva y estimulante para los lectores por los acontecimientos e intrigas que en ellas ocurrían, sino también, y sobre todo, por el interés de los temas que se trataban: las pasiones del amor, los sentimientos y las relaciones familiares. Este *género formativo*

tuvo su origen y su mayor desarrollo en Inglaterra, iniciado con la novela de Richardson *Pamela o la virtud recompensada* (1740), que obtuvo un gran éxito en el país anglosajón, y se publicó enseguida en francés, en 1742. En los textos de presentación de los editores franceses se destacaba el carácter formativo de la obra y el interés de que el libro pudiera servir a la mejora de la moral y de las costumbres en Francia:

Pequeño libro, encantadora Pamela, preséntate atrevidamente al público, ten seguridad de que encontrarás amigos y admiradores, no solo en tu patria, sino en un país lejano; tú podrás servir de modelo a los escritores de una nación vecina, que ahora tendrán ocasión de recibir un buen dinero inglés, en lugar de la falsa moneda que desde hace mucho tiempo circula entre nosotros, en obras donde no se encuentra más que la ligereza de esta inconstante nación (cit. por Morant, 2016: 282).

Pamela, conocida también en los círculos ilustrados españoles por su edición francesa, sería traducida al castellano en 1784, con un amplio prólogo del editor en el que, después de elogiar la buena moral que contiene el libro, aconseja a los padres que permitan su lectura a las jóvenes, con el convencimiento de que el modo en que allí se tratan los temas más delicados del amor y del matrimonio no pueden dañar su inocencia y sí, en cambio, producir un correcto conocimiento moral y un estímulo para la práctica de la virtud. Por otro lado, el retraso de la edición castellana de *La nueva Heloísa* se debió a las sospechas que suscitaba la modernidad de Rousseau. Publicada en 1812 y 1814, esta edición sería muy bien valorada en los círculos del liberalismo, tanto en España como en América Latina (Morant, 2013: 135-161) (fig. 17.1).



Fig. 17.1 Jacques Louis David, *Madame Buron*, 1769, óleo sobre lienzo, 66 × 55 cm. Art Institute of Chicago.

2 ¿LA REVOLUCIÓN DEL AMOR?

El amor virtud

¡Despedirme de vos! ¡Huir de vos! ¿Por qué es un crimen ser sensible al mérito y amar lo que debe ser honrado? No, bella Julie; vuestros atractivos que han deslumbrado mis ojos jamás hubieran engañado mi corazón sin el atractivo más poderoso que los anima. Es esa unión conmovedora de una sensibilidad tan viva y de una inalterable dulzura, es una piedad tan tierna ante los males ajenos, es ese espíritu justo y el gusto exquisito cuya pureza emana del alma, en una palabra, el atractivo de los sentimientos, más que los de la persona, lo que yo adoro en vos. Estoy de acuerdo en que se os puede imaginar más bella aún; pero más amable y más digna del corazón de un hombre honesto, no, Julie, eso no es posible (Rousseau, 1993: 74).

El amor, tal como lo conocemos, fue un invento literario del siglo XVIII. Sin la literatura, los amantes no hubieran sido –o querido ser– como los personajes de las novelas sentimentales. Del amor trataba el teatro del siglo. En las comedias de Marivaux, que por entonces triunfaban en los escenarios de París, el amor se representaba como un movimiento inesperado y espontáneo de la sensibilidad –como un *flechazo*–, que si bien sorprendía a los amantes, ponía al descubierto las razones y la simpatía que los habían acercado. Así mismo, el amor se describía de manera brillante, con los colores de la sensualidad, subrayados por el exotismo del ambiente que se relata en las *Cartas persas* de Montesquieu. Del amor trataban las novelas en las que, lejos de las pasiones, entendidas como egoístas y contrarias al objetivo de producir unión y acuerdo entre los amantes, el amor se explicaba como un sentimiento amable y virtuoso, basado en las cualidades, no tanto físicas como morales, de la persona amada. Este amor es el que aparece en la novela de Rousseau. En las cartas de Saint Preux, un joven formado en estos valores, señala las cualidades que aprecia en su querida Julie: la sensibilidad, la dulzura, la piedad, el espíritu justo, el gusto exquisito, etc. Este amor –*verdadero*– nada tiene que ver con los *falsos amores*, que solo responden a la vanidad o al capricho de los hombres y mujeres banales o frívolos. Sin embargo, hay que subrayar que, en esta novela de raíces ilustradas, la sexualidad, lejos de ser problematizada, como se hacía en los tratados religiosos, se reconoce no solo como una necesidad de la procreación, sino como una condición natural en las personas, que tenderían al placer que produce el amor. Así lo describe Rousseau, que defiende el deseo, que aquí se representa como ingrediente que refuerza y acompaña al sentimiento amo-

roso: «El deseo es natural en los hombres, ¿por qué pues habría que resistirlo cuando se acuerda a la voz del corazón?». En el amor, los deseos son iguales, tanto en los hombres como en las mujeres; en esto la naturaleza no ha hecho distinciones, pero en ellas la manera de expresarlo es distinta, como se muestra en su mayor contención y templanza. El *pudor*, que se observa en las mujeres, se describe en el texto como un sexto sentido moral, como una cualidad específica del sexo femenino que los hombres no poseen, pero que, establecido o impuesto por la naturaleza, les obligaría a respetar el deseo y la voluntad de ellas. En el amor, los hombres, que son naturalmente más fuertes, son los demandantes, pero el poder y la responsabilidad de la contención reside en las mujeres: «¿Los deseos son iguales! ¿Qué queremos decir con ello? Hoy unos y otros tienen las mismas facultades para satisfacerlos, ¿qué sería de la especie humana si el orden del ataque y la defensa no existiera?» (Rousseau, 1967: 170).

En este punto comienza *la guerra del amor*, el conflicto entre los deseos y las demandas de los hombres que, movidos por las inclinaciones que juzgan naturales y amparados en su poder, se resistirían a conformarse con el deseo y el criterio –el poder– que en el amor se concede a las mujeres. En este sentido, se recuerda a los hombres que en el amor han de atenerse a la voluntad de ellas, contar siempre con su consentimiento. Pero este consentimiento, que aquí se plantea como un deber moral, se nos presenta como un argumento demasiado débil para proteger la libertad de las mujeres porque, como se reconoce en el mismo texto, el hombre es el que se impacienta y el que puede usar sus medios, la fuerza, para abatir el poder de la mujer –debilitado– por la desigualdad de las fuerzas en litigio (fig. 17.2).



Fig. 17.2 Jean Honoré Fragonard, *La inútil resistencia*, c. 1770-1773, óleo sobre lienzo, 45 × 60 cm. National Museum, Estocolmo.

Esta teoría sobre el pudor entronca con la tradición de los discursos establecidos por los moralistas más estrictos, marcados por el rechazo del cuerpo y de los placeres del amor, si bien hay que tener en cuenta las diferentes razones que ahora suscriben y avalan esta norma del pudor, como, por ejemplo, que el deseo sexual en hombres y mujeres ya no se percibe de manera negativa. Pero en este nuevo tiempo se pone de relieve la voluntad de las familias de ordenar la filiación y la herencia mediante el cuerpo de las mujeres con estos argumentos:

¿Por qué niegan ellos [los filósofos que defendían la igualdad de los sexos] que lo que no es vergonzoso para el hombre lo será en las mujeres? Como si las consecuencias fueran las mismas, para unos y otras. Como si todos los austeros deberes de la mujer no derivaran del solo hecho de que el niño debe tener un padre (Rousseau, 1967: 173).

El problema que en este punto se plantea es la igualdad. La igualdad no solo moral era pensable, como se comprueba en los textos de los filósofos que criticaban abiertamente el carácter interesado y dominador del pensamien-

to que sostenía la diferencia de la moral sexual. Pero esta *igualdad* era precisamente la idea que debía rechazarse, por las poderosas razones –familiares– que se defienden ya en la teoría política, de Locke a Rousseau, según la cual, entre otras cosas, se trata de sostener la seguridad y el derecho de los padres y de las familias.

La diferencia de la moral sexual _____

La asimetría de la moral sexual que se defiende en la obra de Rousseau tiene consecuencias para las mujeres, tales como la responsabilidad moral y la coacción que se les traslada a ellas, significadas en la mayor obligatoriedad de fidelidad, que se muestra en la firmeza de la sentencia social y el castigo que recaería sobre las sospechosas de adulterio, que era no solo una falta moral, sino sobre todo una afrenta y un crimen contra el marido o la familia. Como escribe Rousseau, poniendo de relieve la diferencia que en su obra se naturaliza: «El hombre puede ser audaz, ese es su destino. Es necesario que cada uno se declare: así lo ha querido la Naturaleza, es un crimen ahogar su voz. Pero toda mujer sin pudor es culpable, depravada, porque pisotea un sentimiento natural en su sexo» (Rousseau, 1993: 173). Al tiempo se observa la menor penalización del adulterio masculino. El adulterio, ciertamente, debía ser moralmente censurable en los hombres, en los maridos, que engendrarían en los cuerpos de otras mujeres; pero entendido como una falta moral podía ser disculpable, sobre todo cuando se cometía con mujeres solteras o a las que se pagaba por sus servicios, mujeres que debían asumir las consecuencias. Los hombres podían ser disculpados por una opinión social que no veía ningún problema en hacer recaer en ellas la protección de la moral que les convenía a ellos y a las familias. Esta asimetría es la que se nota en el

debate abierto en Francia a finales del siglo XVIII acerca del divorcio. El divorcio, aprobado por primera vez en 1792, era un divorcio igualitario, en la medida en que las causas de la demanda de separación eran las mismas para las mujeres y para los hombres; sin embargo, cuestionado por los conservadores, se modificó en 1796, de forma que el adulterio se convirtió entonces en una causa mayor que los maridos podían esgrimir contra las mujeres, pero estas no podían usar del mismo modo contra ellos (fig. 17.3).

3 ¿LA FELICIDAD DE LA FAMILIA?

La sociedad familiar

Espero de ti que quien quiera que sea que venga a mi casa, muestres una complacencia igual y uniforme, que nunca haya una arruga en tu frente, que ya estemos bien o mal preparados para su recepción, no muestres ninguna agitación ni falta de compostura, sino que seas graciosa, amable y atenta con todos. Pamela mía, alegrarás la mente en duda, tranquilizarás el corazón inquieto y propagarás naturalidad, placer y tranquilidad alrededor de mi mesa (Richardson, 1977 [1748]: 297).

En la segunda parte de *La nueva Heloísa*, la familia aparece como una institución casi natural que, originada en el principio de los tiempos, se constituye como una pequeña sociedad regida por la moral y las costumbres inspiradas en las leyes de la naturaleza, a diferencia de la vida social y política, regida por las leyes civiles. Este modelo se personifica en *La nueva Heloísa* en la familia formada por M. de Wolmar y Julie d'Étaples, los hijos que nacerán después y los parientes y amigos que los visitan. De este grupo familiar sabemos que vive en el campo, en

contacto con la naturaleza, lejos de la ciudad, que en la obra se representa como un espacio exterior, menos seguro y confortable. Julie y M. de Wolmar forman un matrimonio razonable, sustentado por el acuerdo en los valores morales y por los sentimientos que se reconocen en los esposos, sostenido por la amistad desarrollada en el trato y por los poderosos lazos que les unen a los hijos.



Fig. 17.3 Joseph Highmore, *Matrimonio de Pamela*, 1730, óleo sobre lienzo, 62,8 × 76 cm. Tate Gallery, Londres. Highmore pintó una serie de escenas para la novela de Richardson *Pamela*. Esta pintura muestra el punto culminante de la primera parte del libro. Habiendo fracasado en sus intentos de seducir a Pamela, el Sr. B ve el error de su actuación y se convierte en un hombre reformado. La pareja se casa en secreto en la capilla privada del Sr. B.

La figura de M. de Wolmar encarna el arquetipo de buen esposo y padre, y el de ciudadano respetable en la moderación de las pasiones, en la racionalidad, en el buen juicio y en la capacidad de gobernar los negocios que son necesarios para el sustento de la familia. Julie es el modelo de la buena esposa y madre, dotada para los afectos y los cuidados familiares, para la gestión de la vida doméstica y para la sociabilidad. De M. de Wolmar sabemos

que es un hombre racional, pero que no por ello es frío, porque, aunque ocupa parte de su tiempo en los asuntos típicos de un propietario y ciudadano responsable, procura estar en casa con su esposa y sus hijos, a los que ama de manera contenida, aunque en su trato se muestra siempre afable y cariñoso. En Julie, en cambio, se recalca el sentimiento, el amor, que en ella es más fuerte y continuado que en el marido. Como escribe a su prima, su mejor amiga y confidente:

¡Ah!, querida, ¡mi pobre corazón ha amado tanto! Agotado desde el principio, ha envejecido antes de tiempo, y tantos afectos diversos lo han absorbido que ya no hay lugar para nuevos afectos. Tú me has visto sucesivamente como hija, amiga, amante, esposa y madre. Conoces lo que aprecio estos títulos (Rousseau, 1993: 8).

208

De Julie se subraya el conocimiento y la práctica de la religión; M. de Wolmar, por el contrario, se declara deísta, lo cual constituye la única brecha entre los esposos, pero él es tolerante con las creencias y no impide que los hijos puedan seguir la religión de la madre (fig. 17.4).

El lugar de las mujeres

La familia es el lugar de las mujeres. En la casa, ella se ocupa del bienestar físico y moral de todos. Aunque atenta a los deseos y a las necesidades del marido, Julie también ejerce de madre. La maternidad es ahora su mejor función, la que realiza con más gusto y mayor placer. Ella conoce el discurso de los moralistas y de los médicos, en campaña para convencer a las mujeres para que abandonen los viejos hábitos de dejar la crianza de los hijos en manos de las criadas o de las amas que los amamantan. La madre ahora amamanta.



Fig. 17.4 Francois Louis Joseph Watteau, *La satisfacción del matrimonio o La familia feliz*, 1790, óleo sobre lienzo, 27,5 × 91 cm. Palais des Beaux-Arts, Lille.

Se ocupa también de la primera formación de los hijos pequeños, sin querer ir más lejos, pues sabe que lo suyo no es formar a hombres, sino iniciarlos en el conocimiento de la moral y las costumbres, dejando la continuidad de la educación en manos del padre o del preceptor moderno. La hija, sin embargo, deberá permanecer al lado de la madre hasta su matrimonio, aprendiendo de su ejemplo moral y de sus cualidades prácticas. La familia es también el espacio social —el único— que les permite desarrollar un trabajo que es necesario, útil, para el bien común, en la medida en que la sociedad, constituida por familias, se

moraliza y progresa por la influencia de las mujeres. Como escribe una Julie que aquí se representa, de manera ambigua, entre satisfecha y conformada con el lugar que le corresponde ocupar en la sociedad:

Confieso que la política no es necesaria para las mujeres. Obligada a amar el gobierno en que el cielo me hizo nacer, me preocupa poco saber si este es de los mejores: ¿de qué me serviría cambiar las leyes si no tengo poder para establecerlas, y por qué debería entristecer mi espíritu al considerar los grandes males sobre los que no puedo actuar, mientras veo otros que se me permite gobernar?

Fuera de este modelo, dice Rousseau, las mujeres no tienen lugar en la sociedad. Perfecta en sus funciones, Julie es amada y valorada por todos, pero esta Julie no trabaja para ella, sino para los demás: «es amada porque se da a los demás» (Rousseau, 1993: 368).

En el final de la novela no deja de sorprender el cambio de tono; el paso de las bellas y brillantes imágenes que se presentan en la primera parte de la novela, con el descubrimiento del amor y el matrimonio contraído por amor, al tono severo con que, en la segunda parte, se refieren los deberes de la mujer casada: la abnegación, de raíces religiosas, que se reconoce en la figura de Julie. Ella deberá morir a causa del accidente sufrido por salvar a uno de sus hijos, que estaba a punto de ahogarse en un lago. Así se refiere a sus méritos y sacrificios: «Mi voluntad fue cumplir con mi deber... Hice lo que debía; la virtud queda intacta, y el amor sin remordimientos» (Rousseau, 1993: 385-386). Esta figura de perfección y de sacrificio es la que también transmitirán las solemnes palabras con que M. de Wolmar refiere y honra la vida de su esposa:

Señora, vuestra muerte es tan bella como vuestra vida: habéis vivido para la caridad,

morís mártir del amor maternal. Tanto si Dios quiere que os quedéis con nosotros para servirnos de ejemplo, como si decide llamaros para coronar virtudes, ¡ojalá que todos nosotros podamos vivir o morir como vos! Estaremos seguros de la felicidad en la otra vida (Rousseau, 1993: 359).

4 LA ILUSTRACIÓN RADICAL

Contra el pensamiento de Rousseau _____

Leer a Rousseau en contra de la Ilustración radical permite ver a ambas partes con más claridad, pues se alimentan de las mismas fuentes, comparten un vocabulario y un horizonte de conocimientos escritos por personas que se conocían íntimamente y, sin embargo, no podían ser más distintas en intenciones y resultados (Blom, 2012: 275).

Rousseau –lo hemos dicho– era un ilustrado que confiaba en la bondad natural de los humanos, pero imbuido de un ideal de perfección moral que le llevaba a mostrarse severo y crítico con la moral y las costumbres de sus contemporáneos, pues las consideraba pervertidas por el distanciamiento respecto de la moral natural que defendía en su obra. Este espíritu moralizante es el que se reproduce en el debate que mantiene en 1758 con d’Alembert a propósito de la defensa que este último había hecho de la construcción de un teatro público en la ciudad de Ginebra, gobernada por los calvinistas, que se oponían al proyecto por las sospechas que el teatro provocaba en las mentes más puritanas. En esta misma línea, Rousseau, disconforme también con la idea, apoyada, entre otros, por Voltaire, escribe su contestación a d’Alembert en una carta que se hizo pública. Consideraba que el teatro moderno, lejos de servir al objetivo formativo que podía apreciarse en la literatura

—concretamente en las novelas—, se limitaba a producir obras banales sobre el amor, siguiendo el gusto moralmente degradado de un público al que consideraba ligero y mundano. Pero lo que resulta sorprendente en este caso —y atrae nuestra atención— son las referencias a la manera equívoca e inconveniente acerca de cómo las mujeres aparecen representadas en las obras de teatro que por entonces triunfaban en las grandes ciudades francesas, como protagonistas, dominando la escena y a los hombres, particularmente a los jóvenes, que se dejaban seducir por sus palabras y sus costumbres poco edificantes:

Un efecto natural de este tipo de obras es dar a ver el imperio del sexo, hacer de las mujeres y de las jóvenes las preceptoras del público, y darles sobre los espectadores el mismo poder que tienen sobre sus amantes. ¿Pensáis vos, señor, que este orden no sea inconveniente, y que aumentando con tanto cuidado el ascendiente de las mujeres, los hombres estarían mejor gobernados? (Rousseau, 1967: 113).

Sospecha y acusación que serían contestadas por d'Alembert en un nuevo escrito, publicado de inmediato, en forma de *Carta a Jean Jaques Rousseau*. En ella se preguntaba con ironía si el señor Rousseau no sería de esos hombres que se consideran maltratados, heridos, en su vanidad cuando la mujer deseada o amada no se conforma —como debería— a sus deseos. En su lógica cartesiana señala también la dificultad de que los sabios filósofos escriban sin prejuicios, con verdad, sobre las mujeres: «¿Quién puede juzgarlas con indiferencia filosófica? ¿Quién puede hablar de ellas sin interés?».

En d'Alembert se pone de relieve la diferencia de las filosofías en litigio. Partidario de la igualdad de los sexos, sostenía que la diferencia, intelectual y moral, que podía observarse en las mujeres no era causada por la na-

turalidad, como afirmaba Rousseau, sino por la mala educación que se les daba o la falta de esta, y por el trato desigual e injusto que recibían en la sociedad. Esto y no otra cosa era lo que impedía que las mujeres pudieran desarrollarse plenamente, tanto desde el punto de vista intelectual como moral:

Tratemos la naturaleza (de las mujeres) como tratamos nuestro jardín; buscando adornarla la sofocamos. Si en la mayor parte de las naciones actúan como nosotros a este respecto es porque los hombres han sido los más fuertes; y en todas partes el más fuerte es opresor y el tirano del más débil... Se diría que conocemos sus capacidades y que queremos impedir que las aprovechen (d'Alembert, 2012: 14).

En 1758, cuando se produce este debate, las relaciones de Rousseau con el grupo de los enciclopedistas eran distantes. Las divergencias ideológicas con Voltaire, amigo de d'Alembert, eran públicas y notorias. Voltaire consideraba que el ginebrino no era tanto un filósofo como un visionario, afligido por sus temores y por sus ensoñaciones morales. Por su parte, Rousseau, que por entonces había comenzado a vestir una larga túnica con el fin de mostrar la sencillez y la severidad de sus costumbres, criticaba con dureza la moral de Voltaire, su relativismo y su complacencia en el trato cercano y la sociabilidad con las mujeres. Conocemos la larga relación de Voltaire y Madame de Châtelet, con la que había vivido hasta la muerte de ella en 1749, compartiendo, además de sus sentimientos, el gusto por la filosofía (fig. 17.5). Apasionada por el estudio y el saber, era reconocida por sus conocimientos de física y matemáticas. Es revelador su interés por la física de Newton, cuya obra, escrita originalmente en latín, tradujo al francés. No se puede afirmar que Voltaire fuera un firme partidario de la igualdad de los sexos, tema que no suele

aparecer explícitamente tratado en sus escritos, pero se sabe que, en coherencia con su crítica al absolutismo de los poderes, religiosos y civiles, cuestionaba la primacía y el poder que los hombres ejercían sobre las mujeres, particularmente en el matrimonio. Y se conoce también la crítica mordaz y acerada al sentimentalismo moralizante de *La nueva Heloísa*.



Fig. 17.5 Maurice Quentin de La Tour, *Madame de Châtelet en su mesa de estudio*, s. f., óleo sobre lienzo, 120 × 100 cm. Col. privada, Choisel, Château de Breteuil.

Se produjo también por entonces la ruptura de Rousseau con el grupo de los enciclopedistas que se reunían en casa de Madame d'Épinay: Grimm, Diderot o d'Alembert, entre otros. Madame d'Épinay (1726-1783) (fig. 17.6), que pertenecía a la pequeña nobleza urbana, había recibido una educación convencional, bajo la atenta mirada de una madre timorata y de un severo confesor. Casada muy joven por amor, su matrimonio pronto fracasó debido al modo de vida de su marido, un joven noble y rico cuyas costumbres poco ordenadas, en el amor y en

el dinero, propiciaron la separación *de facto* de la pareja y el comienzo de una nueva vida para ella, influida por el contacto y la amistad con los enciclopedistas y por el conocimiento de las nuevas ideas de la Ilustración. Lectora y amiga de Rousseau, al que protegió durante el tiempo en que el filósofo comenzaba a escribir las obras que forjarían su fama y renombre, se interesó por su pedagogía renovadora, aplicándola a la educación de sus hijos, de la que se ocupó ella misma, contraviniendo la costumbre de educarlos con preceptores o en los colegios de nobles. Su amistad con Rousseau se rompió en 1758 por razones personales, pero en este distanciamiento, que afectaría también al grupo de filósofos amigos y contertulios en la casa de Madame d'Épinay, también emergían las divergencias ideológicas que los separaban del ginebrino: su desconfianza en el progreso de la sociedad, los excesos de su moral y sus ideas sobre la condición de las mujeres y los límites impuestos a su educación.



Fig. 17.6 J. E. Liotard, *Mme. d'Épinay*, c. 1759, pastel, 69 × 55 cm. Musée d'art et d'histoire, Ginebra.

Tras haber leído los borradores de *La nueva Heloísa*, que estaba escribiendo Rousseau en el tiempo de su amistad, Madame d'Épinay comienza a escribir, a partir de 1756, la *Histoire de Mme. de Montbrillant*, en la cual, de manera novelada y ocultando los nombres verdaderos de los personajes, se cuenta su propia vida. La protagonista es una mujer que, formada en los valores de la feminidad, en una madurez temprana adquirida a los treinta años, descubre las contradicciones de la moral sexual, la opresión que aflige a las mujeres en el matrimonio y el trato desigual que reciben en la sociedad. Así, en la novela se aprecia la mayor permisividad, ligereza y tolerancia hacia las costumbres masculinas, particularmente las asentadas entre los hombres nobles y poderosos, acostumbrados a tener amantes o concubinas reconocidas. Así, en clara referencia a la moral de un marido distraído o cansado del amor conyugal, infiel y libertino, escribe:

Me propuse contestar vivamente esa moral indigna... Derramé un torrente de lágrimas... Pregunté a mi tutor: ¿pero de dónde viene esa extravagancia y esa diferencia entre las costumbres de los hombres y de las mujeres? Una de las dos personas, unidas a la vez por lazos sagrados e indisolubles, ¿puede tener con justicia una permisividad que el otro no tiene? ¿Puede alguien honrarse, enorgullecerse, de lo que avergüenza y humilla a la otra mitad de sí mismo? (Épinay, 1989: 288).

En estas memorias, el matrimonio se observa desde la distancia. Un matrimonio que se contrae en muchas ocasiones siguiendo la costumbre de las familias de casarse entre iguales, con absoluto desprecio de los deseos y sentimientos de las jóvenes, quienes se encontrarán atadas de por vida a un hombre que, haciendo uso de sus privilegios —entre ellos, el de la tolerancia moral que la sociedad

les concedía—, vivirá el amor fuera de la vida conyugal. Esto no resultaba factible para las esposas, que, amenazadas por la carga moral que pesaba sobre ellas, estaban obligadas a contenerse, como se reconoce en la siguiente cita, en la que una mujer advierte a otra del comportamiento que, en la relación con los hombres, se espera que ella observe:

Una mujer es siempre modesta por su estado, la contención debe siempre acompañarla y cuando está con los hombres tiene motivos más fuertes para respetarse. No quiero decir que deba renunciar a todo tipo de diversiones y de bromas, pero creo que hay algún tipo de cosas a las que no debe prestarse. Sois bien nacida y tenéis mucho conocimiento para no distinguir los matices que separan la verdadera decencia de una gazmoñería afectada (Épinay, 1989: 261).

En el texto se denuncia también el desequilibrio de poderes, la tiranía que los hombres podían ejercer sobre las mujeres en el matrimonio. Ellas, que normalmente eran más jóvenes e inexpertas, menos adineradas o, simplemente, más débiles o debilitadas por la falta de apoyos externos, difícilmente podían oponerse a la voluntad de un marido que en su casa podía comportarse como un soberano absolutista, con total desprecio de los sentimientos de la esposa: «¡Oh, hombres, qué poca importancia dais a nuestros temores y a nuestro dolor!». Esta crítica refiere su propia situación, el malestar de una mujer que conoce las contradicciones y los desajustes del amor: su deseo y la necesidad de amar y de ser amada y la racionalidad y frialdad que nota en un amante que, ocupado en los asuntos civiles, en la política, se muestra más distante con ella, que escribe: «Voy a terminar mi jornada sola y llorando mi suerte... M. de Vox (Melchior Grimm) se ha ido a Versalles. Cuando me ha dejado ha derramado algunas

lágrimas: esto me ha consolado más que todos los razonamientos que pueda hacerme» (Épinay, 1989: 1106).

La razón y el sentimiento de las mujeres —

Mary Wollstonecraft vivió, e intentó comprender el mundo y comprenderse a ella misma, no solo en el momento álgido y liberador de la crítica radical e ilustrada al viejo orden. Vivió también y se tuvo que reconocer a sí misma en pleno proceso de conformación ideológica de lo que se ha denominado *The Proper Lady*: la definición social de la mujer como epítome de los valores morales y privados (Burdíel, 1994: 18).

Educada en un ambiente puritano, Mary Wollstonecraft (1759-1797) vivió en su propia carne las contradicciones del modelo de la mujer inglesa, formada en la severidad de la moral puritana y en los valores del matrimonio y de la familia, una trayectoria que ella, inmersa en los avatares de una vida compleja, no recorrería separándose de los cánones previstos para un destino femenino. La posibilidad de casarse se vería frustrada por la falta de previsión o la mala fortuna de un padre que no supo conservar la dote necesaria para casar a las hijas. Obligada a ganarse la vida, trabajó como institutriz. En Londres, adonde llegó en busca de nuevos horizontes, se sucedieron una serie de acontecimientos que marcarían su vida personal: la pasión del amor, el alumbramiento de una hija siendo madre soltera o el fracaso del amor que en ella se repite, provocándole las conocidas crisis, los intentos de suicidio, el último a causa del abandono de Gilbert Imlay, un hombre casado, artista, partidario de las nuevas ideas sobre la libertad del amor, pero que, asustado sin duda por la intensidad de la pasión en una mujer que en el amor se mostraría poco razonable, la abandonaría (Burdíel, 1994: 7-12).

Seducida por las nuevas ideas de libertad e igualdad que en los años noventa del siglo triunfaban en Francia, viajó allí para conocer directamente los acontecimientos revolucionarios que cambiarían el mundo. Esa experiencia da lugar a su *Vindicación de los derechos del hombre* (1790). Pero mientras estaba trabajando en ese libro, descubriría las contradicciones del pensamiento ilustrado que contenía la teoría de los filósofos, que partidarios de las nuevas ideas de igualdad y de libertad en las que se inspiraban las nuevas constituciones del liberalismo —«todos los hombres nacen libres e iguales»—, negarían estos mismos reconocimientos —y derechos— para las mujeres. De esta lucidez nacería su segunda *Vindicación*, dedicada a *los derechos de la mujer*. Publicada en 1792, en esta nueva obra se pone de relieve la contradicción y la voluntad de poder de los filósofos que, empeñados en negar la igualdad de las mujeres en el ámbito del intelecto y la razón, no solo producirían grandes daños en ellas sino también en la sociedad. Consideraba que las mujeres, privadas del instrumento de la razón y de la educación, se veían debilitadas como personas, convertidas en objetos —o en sujetos pasivos— sometidos a la voluntad de los hombres. Esta amenaza es la que se contenía en la teoría de los filósofos, interesados en mantener la diferencia de los sexos. En los hombres, el intelecto y la razón les permitían dominar en los espacios del saber, mientras que el corazón y el sentimiento asegurarían el dominio de las mujeres en el corazón de los hombres. Al hilo de la cita de Rousseau «Educa a las mujeres como hombres y cuanto más se parezcan a nuestro sexo, menos poder tendrán sobre nosotros», ella contesta que lo que interesa a las mujeres no es tanto el dominio de los hombres por el amor —que considera un pobre dominio, limitado a las

relaciones privadas—, como que puedan fortalecer su capacidad de razonar y el conocimiento, de tal modo que decidan y actúen según su criterio tanto en las cuestiones del corazón como en las de la vida, que debía desarrollarse en un espacio social más amplio. Dicho con sus propias palabras: «Esto es exactamente lo que pretendo. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre ellas mismas» (Wollstonecraft, 1994: 193).

En el texto se denuncian los estragos que produce la educación que reciben las mujeres, centrada en el cultivo del buen gusto y el agrado. Acostumbradas a escuchar los halagos de los hombres, su mayor preocupación es agradarles y a ello dedican todos sus esfuerzos. Wollstonecraft cree que esta forma de vida, que supone extendida en Francia, no favorece a las mujeres, que, convertidas en bonitas muñecas, sienten la banalidad de sus vidas y la exposición al capricho de los hombres, que las hacen sufrir. Así, se pregunta: «¿Por qué la vida de la mujer es un conflicto perpetuo?», y se responde: «El problema es la educación. Cuando la sensibilidad se nutre a expensas del entendimiento, las mujeres quedan reducidas a seres débiles». Reconoce también la trampa amarga del sentimiento, una amenaza para las mujeres que se dejan seducir por los atractivos de las obras que pintan con los mejores colores las inclinaciones de la sensibilidad y el culto del amor y de los amantes. Pensaba que este era el caso de las señoras francesas, que, ávidas de emular las aventuras que leían en las novelas sentimentales, dedicaban sus mayores esfuerzos al cultivo del amor y a la conservación de los amantes. Pero ella, que no era francesa ni tenía que ver con una dama al uso, sino que era una inglesa advertida por su propia experiencia y que conocía los problemas —y los sufrimientos— propios de las mujeres libres y pasionales, aconseja a

las mujeres que opten por un amor tranquilo y razonable dentro de la seguridad del matrimonio. Esta fue sin duda la opción que la llevó a su unión con William Godwin, un filósofo radical, con el que se casaría un año y medio antes de morir a consecuencia de las fiebres sobrevenidas en el parto de su segunda hija, que sería la creadora de Frankenstein.

En su *Vindicación de los derechos de la mujer*, al apostar por una educación más completa e igualitaria para las mujeres, Mary Wollstonecraft abría la puerta a un modelo de mujer cuya vida podía ser más amplia, extenderse más allá del espacio de la familia, una forma de vida opuesta al pensamiento tradicional/renovado de los filósofos que consideraban que «la hija debía seguir la religión de la madre», o al de los escritores que en Inglaterra podían presumir de la calidad moral de las damas inglesas, «rígidamente clavadas en sus sillas, trenzando o anudando cintas», entre otras trivialidades (Wollstonecraft, 1994: 232).

La pasión en femenino

Madame de Staël recibió su educación y pasó su primera juventud en los salones del gran mundo. Los personajes entre los que creció, y que sonrían ante su precoz desarrollo, son todos los que componen el círculo más intelectual de los últimos años de la época pasada (Sainte-Beuve, 2016: 331).

Germaine de Staël (1766-1821) era hija de Jacques Necker, el conocido banquero de origen suizo afincado en Francia. De la mano de su padre, dos veces ministro durante el turbulento reinado de Luis XVI, vivió los acontecimientos revolucionarios que cambiaron el destino de los franceses y el suyo propio. De su madre, Suzanne Curchod, una mujer bien formada intelectualmente y en el valor del esfuerzo y del trabajo en un ambiente protestante, adquirió el hábito del estudio y

aprendió lenguas, literatura, historia y geografía. En el salón que su madre mantenía en París conoció el mundo de los enciclopedistas: Diderot, d'Alembert o Helvetius, y en aquel ambiente leyó su primer escrito, un comentario sobre *La nueva Heloísa*, de Rousseau. La novela le atrae por su reconocimiento de la sensibilidad y de los sentimientos, pero piensa que la figura de la protagonista es demasiado débil porque, movida por el amor a su padre, al que en el libro se describe como un hombre noble, de ideas conservadoras, pero amable y cariñoso con su familia, cederá a su voluntad de casarla según las conveniencias de su clase, del mismo modo que obedecerá a los deseos de su amante, que solicita sus favores.

Defensora a ultranza de los valores de libertad y de progreso moral que alumbraron el final del Antiguo Régimen en Francia, se muestra profundamente decepcionada por el hecho de que, en la nueva República, nacida bajo el signo de las luces, los hombres republicanos les nieguen esos valores a las mujeres. Afirma que, en los años que siguieron a la Revolución, la educación de las mujeres no fue mejor y que sus vidas, circunscritas al espacio familiar y doméstico, fueron aún más limitadas. Sin embargo, Madame de Staël sostiene que las mujeres están dotadas de una mayor sensibilidad y de profundos sentimientos morales, atributos que las diferencian de los hombres y que las hacen moralmente superiores, aunque lamenta que estas cualidades, en lugar de engrandecerlas y de servir para la mejora de la sociedad civil y de la política, solo puedan desarrollarse y ejercerse en un reducido espacio social: el de la familia y el de la vida privada.

En la trayectoria vital e intelectual de Madame de Staël, formada entre dos siglos, se reconocen los rasgos de la modernidad y el liberalismo de raíces ilustradas; la confianza

en la razón, en el aprecio del sentimiento y del progreso y en el reconocimiento de las pasiones y de la libertad de los individuos. Este ideario es el que se defiende en las novelas escritas entre 1802 y 1807, en las que se pone de relieve la experiencia amarga de las mujeres que, como ella misma, podían aspirar a que sus vidas se desarrollaran en un espacio social más amplio y contribuir de ese modo al progreso de la sociedad y también —y sobre todo— ambicionar la libertad, y que esta libertad, reconocida por las leyes civiles, pudiera servir para cambiar las relaciones de los sexos, el amor entre mujeres y hombres. Esta nueva modernidad es la que se defenderá en la novela *Delphine*. En ella, la protagonista, formada moralmente en los valores de la sensibilidad y de la libertad, se enamora de un hombre que corresponde a sus sentimientos, pero se trata de un militar aristócrata que, educado en España por una madre católica apegada a los valores tradicionales, muestra una gran firmeza de carácter y de honorabilidad moral, de tal modo que, casado con una mujer a la que no ama, se mantiene firme en su compromiso, mientras que Delphine, que en coherencia con sus ideas se decide a vivir su amor libremente, fuera de las convenciones sociales, deberá sufrir las consecuencias, la crítica de la sociedad y el fracaso del amor. Esta novela contenía un alegato claro a favor del divorcio que, recién establecido en 1792 en Francia, ya estaba siendo criticado por los sectores conservadores y por la propia familia de la autora, que se había opuesto a su ruptura con el barón de Staël. Finalmente, el divorcio, considerado como un elemento perturbador del orden familiar, se aboliría en 1817.

La novela, aclamada por el público liberal y atacada duramente por los ya citados sectores más conservadores de la sociedad, disgustaría particularmente a Napoleón, para quien

Madame de Staël representaba todo lo que él rechazaba en las mujeres: la pasión por el conocimiento y por la libertad pública y privada de las gentes y la libertad del amor que ella había vivido al margen de los modelos establecidos. Así opinará Napoleón: «[Delphine] habla del amor como una Bacante, de Dios como un cuáquero, de la muerte como un granadero y de la moral como un sofista» (Staël, 2000: 20).



Fig. 17.7 Marie Louise Elisabeth Vigée-Lebrun, *Retrato de Madame de Staël como Corinne*, 1808, óleo sobre lienzo, 140 × 118 cm. Musée d'art et d'histoire, Ginebra.

En Madame de Staël se reconoce la figura de una mujer compleja y singular, que combina sensibilidad, pasión e inteligencia. Su figura se describe perfectamente en el texto de uno de sus biógrafos:

Madame de Staël reproduce, pues, suficientemente en sí misma esta manera y este encanto de antaño, pero no se atiene a su herencia, ya que lo que la distingue, como a la mayoría de los genios y más eminentemente que a ningún otro, es la universalidad de la inteligencia, la necesidad de renovación y la capacidad de los afectos (Sainte-Beuve, 2016: 334).

La misma pasión que la hizo feliz la condujo a sufrir en las relaciones con sus amantes, quienes, si bien podían admirarla por su brillante inteligencia, que le permitió destacar en sociedad, la abandonarían, quizá porque esos hombres, como tantos otros, amaban a otro tipo de mujeres más templadas y comedidas y preferían casarse con estas. Esto es lo que ella misma contó en sus novelas.

Lecturas recomendadas

- BURDIEL, Isabel (1994): «Introducción», en Mary Wollstonecraft: *Vindicación de los derechos de la mujer*, Madrid, Cátedra, pp. 7-93.
- MORANT, Isabel (1996): «La felicidad de Mme. du Châtelet: vida y estilo del siglo XVIII», en *Mme. du Châtelet: Discurso sobre la felicidad y correspondencia*, Madrid, Cátedra.
- MORANT, Isabel (2013): «Las costumbres del amor y la diferencia de sexos», en I. Del Val y H. Gallego (eds.): *Las huellas de Foucault en la historiografía. Poderes, cuerpos y deseos*, Barcelona, Icaria, pp. 135-162.
- MORANT, Isabel (2021): «Mme de Staël. Opinión de las mujeres», en Gloria A. Franco, Inmaculada Saavedra y Ofelia Rey (eds.): *El telar de la vida. Tramas y urdimbres de lo cotidiano*, Gijón, Trea, pp. 333-344.
- MORANT, Isabel y Mónica BOLUFER (1996): «Sobre la razón, la educación y el amor de las mujeres», *Mujeres y Hombres en la España y en la Francia de las Luces: Studia Historica Moderna* 15, Universidad de Salamanca, pp. 179-208.
- MORANT, Isabel y Mónica BOLUFER (1998): *Amor, matrimonio y familia: La construcción histórica de la familia moderna*, Madrid, Síntesis.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

Autorías

M. DEL CARMEN AGULLÓ DÍAZ, licenciada en Psicología y Pedagogía, es profesora titular de Teoría e Historia de la Educación en la Universitat de València. Su tarea investigadora se centra en recuperar la historia de la educación de las mujeres del País Valencià y la de su patrimonio histórico-educativo, en especial durante la etapa republicana, la dictadura franquista y la transición. También realiza investigaciones sobre la memoria histórica y el uso de las fuentes orales.

CARMEN ARANEGUI GASCÓ es catedrática emérita de Arqueología de la Universitat de València. Especialista en protohistoria y romanización del Mediterráneo occidental, es reconocida por los resultados obtenidos en las excavaciones arqueológicas de Sagunto (Valencia) y Lixus (Larache, Marruecos), así como por sus estudios sobre necrópolis y arte ibéricos. Entre otros libros, ha publicado *Damas y caballeros en la ciudad ibérica. Las cerámicas pintadas del Cerro de San Miguel de Liria* (1997, con C. Mata y J. Pérez Ballester), *Sagunto. Oppidum, emporio y municipio romano* (2004), *Los iberos ayer y hoy. Arqueologías y culturas* (2012) o *Lixus. Del mito a la historia* (2016).

ALEJANDRA ARAYA ESPINOZA, historiadora y directora del Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile desde 2010, es profesora del Departamento de Ciencias Históricas y del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Sus líneas de investigación y docencia se insertan en la historia de las mentalidades, la historia del cuerpo y la sociedad de la América colonial, así como en los estudios del patrimonio cultural. Entre sus publicaciones con perspectiva de género y sobre mujeres coloniales destacan «La pureza y la carne: el cuerpo de las mujeres en el imaginario político de la sociedad colonial» (*Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 2004) y «La escritura del sueño en un cuerpo propio: el Epistolario de Sor Josefa de los Dolores, monja del siglo XVIII en el Reino de Chile» (en *Voces conventuales: escritura y autoría femeninas en Hispanoamérica [siglos XVII-XVIII]*, 2019).

CARLA BEZANILLA REBOLLO, graduada en Historia y máster en Estudios de Género en la Universidad París 8 Vincennes-Saint Denis, actualmente es investigadora predoctoral y profesora en esa misma universidad. Sus líneas de investigación se centran en las representaciones de las mujeres del ámbito rural durante los primeros años del siglo XX, estudios que ahora profundiza en su tesis sobre la imagen de la «mujer moderna» y los feminismos del primer tercio del siglo XX.

MÓNICA BOLUFER PERUGA es catedrática de Historia Moderna en la Universitat de València. Sus investigaciones y su actividad docente se centran en la historia de las mujeres y la historia cultural, cuestiones sobre las que ha publicado, entre otros trabajos, *Arte y artificio de la vida en común* (2019), *Mujeres e Historia. Una propuesta historiográfica y docente* (2018), *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes: «Apología de las mujeres»* (2008), *Mujeres e Ilustración* (1998), *The Routledge Companion to the Hispanic Enlightenment* (2020, con Catherine Jaffe y Elizabeth Lewis) y *Amor, matrimonio y familia* (1998, con Isabel Morant). Actualmente dirige el proyecto CIRGEN: Circulating Gender in the Global Enlightenment.

El texto «Luces y sombras de la Ilustración», reproducido en este volumen (cap. 18), forma parte de las iniciativas de difusión del proyecto CIRGEN, financiado por Horizonte 2020 (ERC AdG 787015).

MONTSERRAT CABRÉ I PAIRET es catedrática de Historia de la Ciencia en la Universidad de Cantabria, donde ha impulsado diferentes proyectos docentes de investigación y transferencia sobre estudios de las mujeres y del género, y ha dirigido el Aula Interdisciplinar Isabel Torres y el Área de Igualdad y Responsabilidad Social. Sus líneas de investigación abordan la historia del cuerpo y de la diferencia sexual en la medicina y en la filosofía natural de la Edad Media y de la primera Edad Moderna; la historia de las prácticas de salud de las mujeres; la historia de los saberes y del pensamiento de las mujeres, y las perspectivas feministas en los estudios culturales e históricos de la ciencia y la tecnología.

Los textos «La vida de las mujeres en el Occidente medieval» e «Intervenir en el mundo. Formas de autoridad y poder femeninos en el Occidente medieval», reproducidos en este volumen (caps. 7 y 8), forman parte de las iniciativas de difusión de los proyectos PID2019-107671GB-I00, financiado por MCIN/AEI 10.13039/501100011033, y SBPLY/19/180501/000096, financiado por JCCM/ FEDER.

JOSÉ JAVIER DÍAZ FREIRE, profesor titular del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, es investigador principal del Grupo de Investigación del Sistema Universitario Vasco «La experiencia de la sociedad moderna en España, 1870-1990». Entre sus publicaciones cabe destacar «Amor cortés, relaciones de género y orden social en las primeras décadas del siglo XX» (en Teresa María Ortega López, Ana Aguado Higón y Elena Hernández Sandoica (eds.): *Mujeres, dones, mulleres, emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género*, 2019) y «El don Juan de Unamuno como crítica de la masculinidad en el primer tercio del siglo XX» (en Nerea Aresti, Karin Peters y Julia Brühne (eds.): *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, 2016).

El texto «Posfeminidades y feminismos», reproducido en este volumen (cap. 39), ha sido redactado en el marco del grupo de investigación «La experiencia de la sociedad moderna en España, 1870-1990», perteneciente al Sistema Universitario Vasco (IT1784-22) y financiado por MINECO y ERDF (PID2020-114602GB-I00).

FLORENCIA D'UVA, becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, es profesora de Historia en la Universidad de Buenos Aires, además de miembro del Instituto de Investigaciones en Estudios de Género de esta facultad y de la Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género. Especialista en historia social, sus temas de investigación se inscriben en los estudios del mundo del trabajo desde la perspectiva de género. Entre sus publicaciones puede mencionarse «Los trabajos de mujeres y menores en los ferrocarriles de la Argentina a comienzos del siglo XX» (*Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 18, 2021).

PAULA JARDÓN GINER es doctora europea en Historia por la Universitat de València. Su tesis trata sobre la función de los útiles paleolíticos de la Cova del Parpalló de Gandía. Socia fundadora de la empresa Darqueo Estudio y Difusión del Patrimonio, dedicada a la intervención e investigación arqueológicas y a la didáctica y musealización, ha ejercido como profesora de Secundaria y actualmente es profesora del Departamento de Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales e investigadora del Instituto de Creatividad e Innovaciones Educativas de la Universitat de València. Una de sus últimas publicaciones es «La coeducación en los museos: otra perspectiva» (con Begoña Soler, en Rausell y Talavera: *Género y didácticas*, 2021).

MERCEDES MADRID NAVARRO, doctora en Filología Clásica y catedrática de Griego de Secundaria, es responsable de la creación y puesta en marcha de los Centros de Profesores de la Comunidad Valenciana. Ha trabajado en la didáctica de las lenguas y la cultura clásicas y en la introducción de la perspectiva de género en el estudio de la mitología griega. Coautora de varios libros de texto, entre sus publicaciones se encuentran *La dinámica en la oposición masculinofemenino en la mitología griega* (Premio E. Pardo Bazán de materiales didácticos, 1990) y *La misoginia en Grecia* (1999).

ÀNGELS MARTÍNEZ BONAFÉ es catedrática de Historia de Secundaria y profesora de Didáctica de la Historia en el Máster de Profesorado de Enseñanza Secundaria. Vinculada a los Movimientos de Renovación Pedagógica, ha participado en múltiples proyectos de formación del profesorado, publicaciones y experiencias de investigación e innovación educativa, promoviendo la reflexión crítica sobre los contenidos y los métodos de la enseñanza de la Historia y la presencia de las mujeres como sujeto histórico de los conflictos, cambios y permanencias que han construido nuestra sociedad.

GERARDO J. MEDINA DICKINSON, doctor en Química por la Rhodes University y maestro en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México, se dedica principalmente a la docencia en los niveles medio y medio superior. Preocupado por la construcción de identidades, es autor de la investigación «La construcción de una diosa madre. Coatlicue y el nacionalismo cultural hacia mediados del siglo XX».

GABRIELA MITIDIERI es doctora y profesora de Historia en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Sus investigaciones se centran en la historia social del trabajo urbano desde la perspectiva de género, en particular, las experiencias sociales del trabajo de costureras, modistas, sastras y lavanderas en la ciudad de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. Es miembro del Instituto de Investigaciones de Estudios de Género (Facultad de Filosofía y Letras, UBA) y de la Asociación Argentina para la Investigación en Historia de las Mujeres y Estudios de Género.

ISABEL MORANT DEUSA es catedrática emérita de la Universitat de València. Sus estudios se han centrado fundamentalmente en la historia de las mujeres y de las relaciones de los sexos. Ha escrito numerosos trabajos sobre la construcción de la historia de las mujeres en Europa y América Latina, y entre sus obras destacan la edición del *Discurso sobre la felicidad y correspondencia* de Mme. du Châtelet (1996) y *Discursos de la vida buena. Mujer, matrimonio y sexualidad en la literatura humanista* (2002). Fue fundadora de la colección Feminismos (Cátedra / PUV) en 1990 y directora de esta hasta 2014.

Ha dirigido la *Historia de las mujeres en España y América Latina*, en 4 volúmenes, publicados, entre 2005 y 2006, por la editorial Cátedra.

Los textos «Escribir sobre las mujeres, escribir sobre el matrimonio. El pensamiento humanista» y «Amor y matrimonio en la literatura ilustrada», reproducidos en este volumen (caps. 16 y 17), han sido redactados en el marco del proyecto de investigación «Desde los márgenes. Cultura, experiencia y subjetividad en la Modernidad: Género, política y saberes (siglos XVII-XIX)», financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (PGC2018-097445-A-C22).

ÁNGELA MUÑOZ FERNÁNDEZ, profesora titular de Historia Medieval en la Universidad de Castilla-La Mancha, ha sido presidenta de la Asociación Española de Investigación en Historia de las Mujeres. Su actividad docente e investigadora se ha centrado en la historia de las mujeres medievales y alto modernas, con especial atención a aspectos relacionados con la religión, la política y la cultura. Entre sus publicaciones cabe mencionar *Santas y beatas neocastellanas. Ambivalencias de la religión y políticas correctoras del poder* (1994) y *Saberes, cultura y mecenazgo en la correspondencia de las mujeres medievales* (coeditado con Hélène Thieulin Pardo, 2021).

Los textos «La vida de las mujeres en el Occidente medieval» e «Intervenir en el mundo. Formas de autoridad y poder femeninos en el Occidente medieval», reproducidos en este volumen (caps. 7 y 8), forman parte de las iniciativas de difusión de los proyectos PID2019-107671GB-I00, financiado por MCIN/AEI 10.13039/501100011033, y SBPLY/19/180501/000096, financiado por JCCM/ FEDER.

VALERIA SILVINA PITA es doctora y profesora de Historia en la Universidad de Buenos Aires e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con sede en el Instituto de Investigaciones en Estudios de Género de esta universidad. Especialista en historia social argentina y latinoamericana desde la perspectiva de género, fue codirectora de la colección *Historia de las Mujeres en Argentina*, editada por Taurus en el año 2000. Desde entonces ha publicado sus investigaciones en revistas y obras especializadas de Argentina, Brasil, México, Colombia, España y Alemania. Fue fundadora de la Asociación Argentina para la Investigación de Historia de las Mujeres y Estudios de Género, que presidió desde el año 2017 hasta 2021.

GABRIELA PULIDO LLANO es doctora en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México. Latinoamericanista e investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, sus líneas de investigación versan sobre la historia cultural del siglo XX en México y América Latina. Entre sus temas de estudio se encuentran la historia de la vida nocturna y los cabarets en la América Latina de mediados del siglo XX, las mujeres afrodescendientes en el Caribe, la cultura alternativa de los años sesenta y el cine, las fotonovelas y otros medios masivos de comunicación propios de la cultura popular urbana del siglo XX latinoamericano. Actualmente es la directora general de Memórica México, un archivo de repositorios digitales para conservar la memoria cultural e histórica de México.

HELENA RAUSELL GUILLOT, doctora en Historia Moderna por la Universitat de València (1999) y también en Didáctica de las Ciencias Sociales por la Universitat Autònoma de Barcelona (2021), ha realizado estancias de investigación en la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París, en la Universidad de Ciencias Humanas de Estrasburgo y en la Universidad de Viena, y actualmente es profesora en el Departamento de Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales de la Universitat de València. Es autora de una treintena de artículos en revistas indexadas y de varios libros, entre ellos *El papel de las mujeres en las sociedades actuales* (2016).

ROSA ELENA RÍOS LLORET, licenciada en Geografía e Historia y en Historia del Arte y doctora en Historia por la Universitat de València, es catedrática de Historia de Secundaria. Especialista en historia social y cultural e historia de las mujeres, estuvo becada por la Institució Alfons el Magnànim en 2009, y ha sido premiada por la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres y la Asociación de Historia Social. Ha comisariado dos exposiciones, *La cultura ceñida: las joyas en la pintura valenciana* (2000-2001) y *Germana de Foix i la societat cortesana del seu temps* (2006), para la Generalitat Valenciana. Ha publicado diversos artículos en revistas universitarias españolas, participado en dos de los volúmenes de *Historia de las mujeres en España y América Latina* (2005-2006), dirigidos por Isabel Morant, y es autora de los libros *Germana de Foix: una mujer, una reina, una corte* (2003) y *La imagen de la mujer en la Biblia de Doré* (2015).

Los textos «Gritos y susurros. Representaciones de la vida privada entre dos siglos» y «La agencia femenina en el arte», reproducidos en este volumen (caps. 28 y 29) forman parte del proyecto *Desde los márgenes. Cultura, experiencia y subjetividad en la Modernidad: Género, política y saberes (siglos XVII-XIX)*, PGC2018-097445-A-C22, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades.

ESTELA ROSELLÓ SOBERÓN, doctora en Historia por El Colegio de México, es historiadora y profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México e investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas. Sus líneas de investigación en historia cultural abordan la historia de las mujeres, del cuerpo, de las emociones y de la otredad. Interesada en la difusión y la divulgación de la historia, es autora de varios libros de texto para la enseñanza de la historia en Secundaria, así como de un par de novelas históricas infantiles. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Melancolía y depresión en el tiempo: cuerpo, mente y sociedad en los orígenes de una enfermedad emocional* y *Enfermar y curar: historias cotidianas de cuerpos e identidades femeninas en la Nueva España* (2020). Es coordinadora de los seminarios *Cuidados para la Vida y el Bien Común* e *Historia de las Emociones Históricas*.

Estela Roselló ha sido la coordinadora de los capítulos dedicados a la historia de América (caps. 9, 19, 22, 26 y 37).

DOLORES SÁNCHEZ DURÁ, licenciada y doctora en Historia por la Universitat de València, es catedrática de Historia de Secundaria. Su dedicación principal ha sido la enseñanza de la Historia y ha participado en numerosas experiencias, publicaciones y actividades de formación del profesorado y renovación didáctica; entre ellas, la coordinación de la reforma de las enseñanzas medias en la Generalitat Valenciana en los años ochenta. La reflexión sobre el feminismo y su historia, así como la de las mujeres, ha constituido otro de los ejes de su actividad docente y académica.

SIRA SANCHO COMAS, licenciada en Historia del Arte por la Universitat de València, es ilustradora y profesora de Geografía e Historia de Secundaria. Comprometida con la innovación educativa y la formación del profesorado, ha elaborado materiales didácticos y ha coordinado y participado en proyectos de coeducación y de investigación y renovación pedagógica dirigidos a visibilizar en el currículum de Ciencias Sociales los movimientos sociales que han luchado por la equidad y la mejora de la vida de las mujeres, los pueblos y los grupos sociales desposeídos.

JOAN SANTACANA MESTRE, arqueólogo por la Universitat de Barcelona y doctor en Pedagogía por la Universidad de Valladolid, es profesor titular de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Universitat de Barcelona. Fue el introductor de la museografía didáctica

en España y es responsable de numerosos proyectos de esta especialidad. Su bibliografía abarca más de seiscientos títulos, entre los que destacan *El gusto en España. Indumentaria y gastronomía en el crisol de la historia* (2019) y *La arqueología del diablo. Una aproximación a la ética de la ciencia* (2020).

JORDI SOLBES, catedrático de Didáctica de las Ciencias Experimentales de la Universitat de València, ha sido director del Departamento de Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales y actualmente es vicedecano de Investigación y Estudios de Posgrado de la Facultat de Magisteri. Dirige el Grupo de Investigación en Educación Científica y Formación del Profesorado de Ciencias, campo en el que ha dirigido 21 tesis doctorales y publicado más de 150 artículos en revistas. Es investigador principal de ocho proyectos internacionales y nacionales.

El texto «Las científicas», reproducido en este volumen (cap. 30), forma parte del proyecto PID2019-105320RB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033.

BEGOÑA SOLER MAYOR, arqueóloga y doctora en Historia por la Universitat de València, es fundadora de la empresa Darqueo Estudio y Difusión del Patrimonio, desde la que ha trabajado en didáctica del patrimonio e intervención arqueológica y museográfica. En la actualidad es conservadora de museo en la Unidad de Difusión, Didáctica y Exposiciones del Museo de Prehistoria de Valencia. Sus líneas de investigación son el estudio de las estructuras de combustión y de los ornamentos prehistóricos en el ámbito del Paleolítico Superior mediterráneo y la difusión del conocimiento, con especial atención a la representación de las mujeres en los museos.

MANEL TRAVER, doctor en Ciencias Químicas con una tesis sobre didáctica de las ciencias y catedrático de Física y Química de Secundaria, es profesor asociado de la Facultat de Magisteri de la Universitat de València. Ha participado en numerosas publicaciones y actividades dedicadas a la formación del profesorado y la renovación didáctica. La utilización de la historia de las ciencias en la enseñanza de las materias científicas ha sido uno de los campos principales de su actividad docente y académica.

El texto «Las científicas», reproducido en este volumen (cap. 30), forma parte del proyecto PID2019-105320RB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033.

RAFAEL VALLS MONTÉS es profesor emérito en el Departamento de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Universitat de València. Sus investigaciones se han centrado fundamentalmente en el estudio de la enseñanza de la Historia en los niveles preuniversitarios y en el análisis del pensamiento conservador español, especialmente en sus repercusiones sobre la historia enseñada en los diversos niveles educativos. Entre sus líneas de investigación actuales destacan, por una parte, las relacionadas con el análisis de los manuales escolares de historia en sus diversas facetas y, por otra, la configuración histórica de esta disciplina escolar.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

9 788411 181235

El lugar

de las

mujeres

en la

historia

